



El Profesor Universitario en la “Era del Conocimiento”

Pedagogía, 13/01/2013

No parece existir más alternativa visible que la del “ciberprofesor” capaz

de conducir el flujo del conocimiento de forma pertinente, coherente y flexible...

¿Que enseñar y cómo hacerlo? son dos de las preguntas más inquietantes que enfrentan los docentes responsables de impartir Educación Superior en esta época. Las respuestas que hasta hace pocos lustros parecían obvias, ahora resultan retos inquietantes frente a los cuales se debe estar preparado y dispuesto día con día.

La cuestión ¿que enseñar? parece tener la respuesta más fácil, atendiendo a que la labor en el aula debe apegarse a los planes y programas establecidos; pero esa facilidad es solo de apariencia, si se tiene presente que estos plantean solo los temas axiales desde su perspectiva más general, y porque el desarrollo del conocimiento y los paradigmas que los articulan y soportan registran un dinamismo extraordinario, relativamente accesible a todo aquel que tenga Internet a su alcance.

Por otra parte, el periodo de caducidad de los planes y programas de estudio establecidos se ha abreviado vertiginosamente y exige que la revisión y actualización de los mismos se realice constantemente y que en las áreas académicas de las instituciones, en las que son parte indispensable los Profesores, se realice un esfuerzo permanente para compartir, armonizar, sincronizar y efectuar las, micro o meso, actualizaciones que resulten necesarias.

Además el flujo de información al alcance de todos hace de los alumnos ahora, casi necesariamente, una parte muy activa dentro del proceso educativo en las aulas, la mayoría son internautas asiduos participes en las Redes Sociales.

El alumno provisto de la información más reciente en un tema, puede exponerla y plantear sus dudas y necesidades de una explicación que las despeje de forma razonable y convincente; frente a esta posibilidad el profesor que actúe en forma individual se encuentra en desventaja numérica, es uno contra un grupo de 25 o más “investigadores internautas” que captan información de forma constante. Solo la participación colectiva de los profesores en sus colegios o claustros puede equilibrar con ventaja esta circunstancia.

Ante tal circunstancia el reto del profesor resulta mayor porque debe estar informado de cuál es el “estado del arte” en su área de conocimiento y ser capaz de discernir entre qué información tiene bases científicas y resulta aprovechable para poder integrarla de forma coherente al caudal informativo que fluye y se comparte en las aulas, y cuál debe ser descartada mediante una explicación crítica que dé cuenta del porque se procede de tal forma.

Debe tenerse presente que el ejercicio de la “libertad de cátedra” no debería nunca convertirse en un refugio dogmático dentro del cual el docente pueda parapetarse cómodamente para formar pequeños clones de su favorita perspectiva conceptual, ya que este derecho implica el del alumno a cuestionar, aportar y preguntar acerca de cualquier ítem o enfoque de la materia que se imparte y aun diferir de la óptica del Profesor, desde un indispensable marco de respeto académico que los obliga a ambos

El advenimiento de las tecnologías de la información y la generalización de su uso, ha reducido la aceptación de los estilos autoritario, directo y dominador del profesor, en favor del democrático, indirecto e integrador. Los profesores que se refugian confortablemente en su verdad autoritaria pierden pronto el respeto de sus alumnos y lo que deberían ser sesiones de

crecimiento se degradan a reuniones de simulación en las que el docente finge que enseña cuando lo que quizás hace es adoctrinar, y el alumno se concreta a simular que atiende, pero solo lo necesario para “salvar ese escollo” en su carrera, con lamentable detrimento en el rendimiento y aprovechamiento escolares, el resultado de lo anterior son profesionistas frustrados a tal grado que esa desventaja los imposibilita para convertirse en profesionales.

Por lo que toca a la pregunta ¿cómo enseñar?, el factor de las Tecnologías de la Información hace una enorme diferencia tanto en las posibilidades reales para disponer de conocimiento pertinente a través de las bibliotecas digitales, revistas especializadas, audios, videos, redes sociales, etc., de forma inmediata y permanente, y presentarlo de forma atractiva y pedagógica a los alumnos.

La mayoría de los Smart phones, Tablets y Laps ya cuentan con el acceso a internet, navegadores, buscadores, programas para captar la información, reproducción de video, audio, reconocimiento de voz, procesadores y lectores de texto y hojas de cálculo, traductores, escaneo, fotografía y grabación, de forma tal que son verdaderas bibliotecas y centros de información ambulantes que producen el efecto de la ubicuidad para localizar, descargar y aprovechar la información. Las memorias de esos equipos, aun las más modestas tienen la capacidad de almacenar toda una biblioteca de dimensiones respetables.

A lo anterior debe agregarse que la mayoría de las Instituciones de Educación Superior cuentan con los servicios de Internet inalámbrico para docentes y alumnos.

Ante esta realidad, cabe preguntarse si algún Profesor o Institución Educativa puede legítimamente marginarse y marginar a sus alumnos de los beneficios que reporta el uso de los equipos y software disponibles en la actualidad, lo que repercutiría en una especie de “discapacidad tecnológica” que significaría costosas desventajas para sus egresados frente a la competencia de quienes si se forman en el uso y aprovechamiento de estas Tecnologías.

No se trata de una simple cuestión de moda o snobismo, la eficacia de quien es capaz de localizar la información necesaria mediante el uso de estas Tecnologías y quienes lo tienen que hacer acudiendo físicamente a una biblioteca es abismal. Los Profesores que esquivan actualizarse en estas tecnologías, no se limitan solo en forma personal sino que privan a sus alumnos de su guía en el uso y aprovechamiento de las mismas.

Es humanamente comprensible la resistencia para aprender el uso de estos recursos por parte de algunos profesores, sobre todo los de mayor edad que no están familiarizados con los mismos, y en otros por el temor de que el uso de los apoyos y aulas virtuales terminen por desplazarlos o devaluar su profesión. Pero es una realidad presente, que llegó para quedarse.

El uso o no de las tecnologías de la información puede además inducir un clima de optimismo o desconfianza, los alumnos son conscientes que viven en un mundo competitivo y se angustian ante la perspectiva de estar malgastando su tiempo y su vida en las aulas, cuando su formación no incluye todos los elementos que los puedan ayudar a triunfar.

Ante lo anterior, no parece existir más alternativa visible que la del “ciberprofesor” capaz de conducir el flujo del conocimiento de forma flexible, coherente y ordenada, dentro de las aulas físicas y virtuales, mediante la participación activa de los alumnos, con el apoyo del software, equipos y recursos de la Web de forma eficaz y permanentemente actualizada, lo que exige un gran esfuerzo de actualización, racionalización y manejo de la incertidumbre para poder lograrlo con eficacia razonable.

Finalmente, debe tenerse presente que para servir lo mejor posible a los alumnos, que son el fin último del binomio enseñanza aprendizaje, todo buen Profesor debería ser a su vez siempre un alumno, en permanente proceso de actualización y desarrollo.